

verso, y Mefistófeles en el segundo. En medio de las ternuras ó de las muertes intercala chistes de periodiquillo, trivialidades, murmuraciones é injurias de libelista, y batiborrillos de Arlequín. Pone al desnudo los artificios poéticos, se pregunta por dónde anda, cuenta las estrofas ya hechas, habla en tono zumbón de la Musa, de Pegaso y de toda la caballeriza épica, como si todo eso le importase un comino. Repitémoslo: ¿qué queda? El, y sólo él, sobre todas esas ruinas. El es quien habla aquí; sus personajes no son más que pantallas, y aun la mitad de las veces las aparta para ocupar la escena. Lo que nos expone son sus opiniones, sus recuerdos, sus indignaciones, sus gustos; su poema es una conversación, una confidencia, con los altos y bajos, las brusquedades y el abandono de una conversación y de una confidencia, casi semejante á las memorias en que se explayaba en su mesa por la noche. Jamás se vió en espejo tan claro el nacimiento de un pensamiento vivo, el tumulto de un gran genio, la intimidad de un verdadero poeta, siempre apasionado, inagotablemente fecundo y creador, en quien brotan súbitamente, unas tras otras, acabadas y adornadas, todas las emociones y todas las ideas humanas, las tristes, las alegres, las altas, las bajas, agolpándose y estrujándose como enjambres de insectos que van á zumar y á pastar en el fango y en las flores. Puede decir cuanto se le antoja; de buena ó de mala gana, se le escucha; aunque salte de lo sublime á lo burlesco, se salta con él. Tiene tanto ingenio, ingenio tan nuevo, tan imprevisto, tan penetrante, una prodigalidad tan asombrosa de ciencia, de ideas, de imágenes acopiadas en los cuatro puntos del horizonte, que nos arrolla, nos arrastra saltando por todo, y no podemos pensar en resistirnos. Demasiado fuerte, y,

por lo mismo, desenfrenado: tal es la expresión que se repite uno siempre á propósito de él: demasiado fuerte contra los demás y contra sí mismo, y tan desenfrenado que, después de emplear su vida en desafiar al mundo y su poesía en pintar la rebelión, no encuentra la plenitud de su talento y la satisfacción de su corazón sino en un poema armado contra todas las convenciones humanas y contra todas las convenciones poéticas. Viviendo así, se es grande, pero se enferma. Hay una enfermedad del corazón y de la mente en el estilo de *Don Juan*, como en el de Swift. Cuando un hombre se chancea entre lágrimas, es que tiene la imaginación envenenada. Esa especie de risa es un espasmo, y se ve venir, en el uno el endurecimiento ó la locura, en el otro la excitación ó el hastío. Byron se agotaba; por lo menos, se agotaba en él el poeta. Los últimos cantos del *Don Juan* languidecían; la alegría era forzada; las expansiones degeneraban en divagaciones; el lector sentía acercarse el aburrimiento. Un nuevo género en que había ensayado sus fuerzas, desmereció en sus manos; no alcanzó en el drama más que la declamación robusta; sus personajes no vivían; cuando él abandonó la poesía, la poesía le abandonaba á él; fué á buscar la acción en Grecia, y no encontró allí más que la muerte.

VI

Así vivió y acabó ese gran hombre desgraciado; la enfermedad del siglo no ha tenido presa más ilustre. En torno suyo, como una hecatombe, yacen los demás, heridos también por la grandeza de sus faculta-

des y la intemperancia de sus anhelos, unos consumidos en el estupor ó la embriaguez, otros gastados por el placer ó el trabajo, éstos precipitados en la locura ó el suicidio, aquéllos reducidos á la impotencia ó abatidos por la enfermedad, todos sacudidos por sus nervios exasperados ó doloridos, los más fuertes llegando á la vejez con su herida manando sangre, los más afortunados, habiendo sufrido tanto como los otros, y conservando sus cicatrices, aunque curadas. El concierto de sus lamentaciones ha llenado todo el siglo, y nosotros hemos permanecido en torno de ellos, oyendo á nuestro corazón repetir sus gritos por lo bajo. Estábamos tristes como ellos, é inclinados como ellos á la rebelión. La democracia instituida excitaba nuestras ambiciones sin satisfacerlas; la filosofía proclamada encendía nuestra curiosidad sin acallarla. En esa ancha carrera abierta, atormentaba al plebeyo su medianía y al escéptico su duda; el plebeyo, como el escéptico, aquejado de una melancolía precoz y marchitado por una experiencia prematura, otorgaba sus simpatías y su dirección á los poetas, que declaraban la felicidad imposible, la verdad inaccesible, la sociedad mal constituida, y el hombre malgrado ó pervertido. De ese concierto surge una idea, centro de la literatura, de las artes y de la religión del siglo, y es: que hay alguna desproporción monstruosa entre las piezas de nuestra estructura, y que ese desacuerdo vicia todo el destino humano.

¿Qué consejo nos han dado para poner remedio? ¿Han sido grandes? ¿Han sido sabios? «Haz llover en tí las sensaciones vehementes y profundas. ¡Tanto peor si después estalla tu máquina!»—«Cultiva tu huerto, enciértrate en un pequeño círculo, entra en el rebaño, hazte bestia de carga.»—«Vuelve á ser creyente, toma

agua bendita, somete tu inteligencia á los dogmas y tu conducta á los manuales.»—«Haz tu camino, aspira al poder, á los honores, á la riqueza.» Tales son las diversas respuestas de los artistas y de los burgueses, de los cristianos y de los mundanos. ¿Son respuestas? ¿Y qué proponen sino saciarse, embrutecerse, apartarse y olvidar? Hay otra más profunda que dió por vez primera Goethe, que nosotros empezamos á sospechar, á la cual conducen todo el trabajo y toda la experiencia del siglo, y que será quizá la materia de la literatura próxima: «Trata de comprenderte y de comprender las cosas.» Respuesta extraña que no parece muy nueva, y cuyo alcance no se conocerá hasta más tarde. Mucho tiempo aún sentirán los hombres estremecerse sus simpatías al rumor de los sollozos de sus grandes poetas. Mucho tiempo aún se indignarán contra un destino que abre á sus aspiraciones la carrera del espacio sin límites para estrellarlas á dos pasos de la entrada contra una miserable linde que no veían. Mucho tiempo sufrirán como trabas las necesidades que deberían adoptar como leyes. Nuestra generación, como las anteriores, ha sido atacada por la enfermedad del siglo, y no se repondrá nunca más que á medias. Llegaremos á la verdad, no á la calma. Todo lo que podemos curar en este momento es nuestra inteligencia; no tenemos acción sobre nuestros sentimientos. Pero tenemos el derecho de concebir para otros las esperanzas que no abrigamos ya para nosotros mismos, y de preparar á nuestros descendientes una ventura que jamás disfrutaremos nosotros.

Criados en un aire más sano, tendrán quizá un alma más sana. La reforma de las ideas acaba por traer la reforma de todo lo restante, y la luz de la inteligencia

produce la serenidad del corazón. Hasta aquí, en nuestros juicios sobre el hombre, hemos tomado por maestros á los reveladores y á los poetas, y, como ellos, hemos diputado por verdades ciertas los nobles sueños de nuestra imaginación y las sugerencias imperiosas de nuestro corazón. Nos hemos confiado á la parcialidad de las adivinaciones religiosas y á la inexactitud de las adivinaciones literarias, y hemos ajustado nuestras doctrinas á nuestros instintos y á nuestras penas. La ciencia se acerca al fin, y se acerca al hombre; ha rebasado el mundo visible y palpable de los astros, de las piedras y de las plantas, en donde desdeñosamente se la recluía; ahora se convierte al alma, provista de instrumentos cuya precisión han demostrado y cuyo alcance han medido trescientos años de experiencia. El pensamiento y su desarrollo, su puesto, su estructura y sus conexiones, sus profundas raíces corporales, su vegetación infinita en el curso de la historia, su alta floración en la cumbre de las cosas: he aquí ahora su objeto, el objeto que hace sesenta años entrevé en Alemania, y que sondeado lenta, seguramente, por los mismos métodos que el mundo físico, se transformará á nuestros ojos como se ha transformado el mundo físico. Se transforma ya, y hemos dejado detrás de nosotros el punto de vista de Byron y de nuestros poetas. No: el hombre no es un aborto ni un monstruo; no: el fin de la poesía no es sublevarle ó difamarle. Ocupa su puesto, y acaba una serie. Mirémosle nacer y crecer, y cesaremos de ridiculizarle ó de maldecirle. Es un producto como toda cosa, y en tal concepto tiene razón de ser como es. Su imperfección innata está en el orden natural, como el aborto constante de un estambre en una planta, como la irregularidad profunda de cuatro fa-

* *quiere? y en alma?*

etas en un cristal. Lo que tomábamos por una deformidad es una forma; los que nos parecía la inversión de una ley es el cumplimiento de una ley. La razón y la virtud humanas tienen por materiales los instintos y las imágenes animales, como las formas vivas tienen por instrumentos las leyes físicas, como las materias orgánicas tienen por elementos las sustancias minerales.///

¿Qué mucho si la virtud ó la razón humana, como la forma viva ó como la materia orgánica flaquea ó se trastorna á veces, puesto que, como ellas y como todo ser superior y complejo, tiene por sostenes fuerzas inferiores y simples que, según las circunstancias, ya la sustentan mediante su armonía, ya la destruyen por su desacuerdo? ¿Qué mucho si los elementos del ser, como los elementos de la cantidad, reciben de su naturaleza misma leyes indestructibles que los constriñen y los reducen á cierto género y á cierto orden de formaciones? ¿Quién es el que se indignará contra la geometría? Y sobre todo, ¿quién es el que se indignará contra una geometría viva? ¿Quién, al contrario, no se sentirá sobrecogido de admiración ante el espectáculo de esos poderes grandiosos que, situados en el corazón de las cosas, impulsan incesantemente la sangre hacia los miembros del viejo mundo, esparcen la onda por la red infinita de las arterias y vienen á desplegar en toda la superficie la flor eterna de la juventud y de la belleza? ¿Quién, en fin, no se juzgará ennoblecido al descubrir que ese haz de leyes conduce á un orden de formas que la materia tiene por término el pensamiento, que la naturaleza se corona con la razón, y que ese ideal á que tienden, al través de tantos errores, todas las aspiraciones humanas, es también el fin á que concurren, al

* *Naturales en todo en concapom*

través de tantos obstáculos, todas las fuerzas del universo? En ese empleo de la ciencia y en esa concepción de las cosas hay un arte, una moral, una política, una religión nuevas, y nuestro interés de hoy es buscarlas.

concluir con una
 la segunda mitad del siglo XIX, y por
 que hoy se han realizado las predicciones
 hechas por el autor. El presente admite del
 mundo como la perfección del siglo
 pasado en el XIX se asienta, con
 sus arranques desordenados, muy con
 tanta que no. El autor hizo a ser
 abrirse ante sus ojos hoy a ser esta
 no ser, hizo antes de morir esta
 imperiosa confesión. La enfer
 medad del siglo solo la podría curar
 con el crispianismo semejante
 Conclusiones de todo hacen
 Capitan filósofo que sus ideas
 lo en los párrafos anteriores

CONCLUSION

El pasado y el presente.

- I. El pasado.—La invasión sajona.—Cómo estableció la raza y fundó el carácter.—La conquista normanda.—Cómo modificó el carácter y estableció la constitución.—El Renacimiento.—Cómo manifestó el espíritu nacional.—La Reforma.—Cómo fijó el modelo ideal.—La Restauración.—Cómo importó la cultura clásica y desvió el espíritu nacional.—La Revolución.—Cómo ha desenvuelto la cultura clásica y rehecho el espíritu nacional.—La Edad Moderna.—Cómo las ideas europeas ensanchan el molde nacional.
- II. El presente.—Concordancias de la observación y de la historia.—El cielo.—El suelo.—Los productos.—El hombre.—El comercio.—La industria.—La agricultura.—La sociedad.—La familia.—Las artes.—La filosofía.—La religión.—Qué fuerzas han producido la civilización presente y elaboran la civilización futura.

§ 1.

I

Llegados al término de esta larga revista, podemos ahora abarcar de una ojeada el conjunto de la civilización inglesa; todo se enlaza en él: algunas potencias y algunas circunstancias primitivas han producido todo lo restante, y no hay más que seguir su acción continua para comprender la nación y su historia, su